

Vida y muerte de las Ordenes Religiosas

FELIX MORACHO

La dimensión psicosociológica no es la de la persona individual. El psicosociólogo concentra su atención en las funciones del grupo como tales, en la interacción e interdependencia constantes que se dan entre los miembros del grupo.

Es aleccionador estudiar la vida religiosa bajo esa dimensión, desentrañar los rasgos distintivos que caracterizan la evolución de los Institutos Religiosos en cuanto grupo: cómo han nacido y se han desarrollado, por ejemplo, esos 276 Institutos masculinos fundados entre los siglos IV y XX; y cómo han desaparecido ya 99 de ellos.

LA MUJER DISCRIMINADA EN LA VIDA RELIGIOSA.

Los estudios que tenemos de la vida religiosa, por lo menos los psicosociológicos, se han centrado en los varones. Y esto a pesar de que, a lo largo de la historia, el número de religiosas es generalmente el doble del de religiosos (hoy son tres veces más: 980.000 religiosas, de un total de 1.300.000). Pero esta preponderancia numérica no ha llevado consigo nunca un predominio institucional. Es un hecho: en la vida religiosa —al igual que en la vida de la Iglesia— las tareas estructurales y las actividades organizadoras han sido asumidas por los hombres. Y en los Institutos femeninos, la red relacional se ha estructurado, organizado y evolucionado a imagen de la de los hombres. Sólo ha habido un desajuste cronológico en la evolución: ellas han seguido los pasos de ellos y se han adaptado a su ritmo.

Esto que pudo responder, sobre todo, a un contexto sociocultural, hoy parece que debe cambiar en contextos distintos (1). Hay ideas que con el tiempo se convierten en prejuicios. Esa situación de hecho se ha ido traduciendo con el tiempo en una supremacía de derecho impuesta y defendida por varones. Y todo el movimiento hoy suscitado de modificar, renovar, vivificar... las Congregaciones femeninas tienen peligro de ver, cuando menos, interferida su natural evolución por ingerencias masculinas: ellas siguen buscando apoyo y ellos interviniendo.

EL CRISOL GEOGRAFICO

Ráymond Hostie destacando algunas visiones generales, válidas para la totalidad de las agrupaciones religiosas, se fija en dos (2): el crisol geográfico y el ciclo de vida.

Más de la mitad de las fundaciones son originarias de Francia e Italia. Los Ins-

titutos religiosos brotan y se extienden más fácilmente allí donde la cultura occidental se ha impuesto. La Iglesia se afincó y propagó con la civilización greco-latina. Otras civilizaciones, otros pueblos, siguen esperando, ya no tan inconscientemente (3) no que les llevemos nuestras concepciones occidentales de la vida religiosa, sino que les ayudemos a dar una respuesta original, "su respuesta", al llamado evangélico.

EL CICLO DE VIDA.

El ciclo vital de una agrupación religiosa es normalmente de unos tres siglos: nacimiento, esplendor, extinción (sería interesante y vital estudiar la proliferación de los Institutos femeninos de medianas y pequeñas dimensiones —entre quinientos y cien miembros—, los factores que desencadenan el ritmo acelerado de su eclosión, y el no menos acelerado de su desaparición).

En la génesis anota Hostie que cuanto más diferentes son los miembros, bien sea por su extracción social, o bien por su formación intelectual o manual, o por su origen étnico, más posibilidades tienen de llegar a una alianza sólida y resistente.

La historia da también, como norma general, que los Institutos religiosos con objetivos muy concretos y restringidos, se ven abocados a una lenta y larga agonía, irreversible: "cuanto más centrado se halla un Instituto en una tarea precisa, menos probabilidades tiene de poder encontrar un relanzamiento" (p. 379).

Hay supervivencias estabilizadas sin vitalidad alguna interior; son raras, conseguidas por un aislamiento sistemático y radical de la evolución del medio ambiente o perpetuadas por determinadas coyunturas político-económicas con sus consecuencias socio-religiosas. Toda instalación pierde mordiente atractivo.

También hay reviviscencias.

RENOVACION DESDE LA BASE.

Una y otra vez repite y prueba Hostie que este recobrar aliento para iniciar una nueva etapa, normalmente no se ha conseguido por el esfuerzo de los Superiores, sobre todo Generales: "sus esfuerzos

casi siempre resultan inútiles" (p. 375). Es un hecho que el nuevo impulso del espíritu de una Orden no alcanza éxito a no ser que parta de la base, de gente que está a la escucha de las aspiraciones reales presentes para verterlas, a través de la confrontación y decantación de la propia experiencia, en formas realmente adecuadas: "Pero —hecho recurrente en la historia del mundo religioso— la reforma que parte desde arriba alcanza muy mediocres resultados, a pesar de la variedad y peso de las medidas puestas en práctica" (p. 98) (4). La renovación tiene éxito cuando viene "promovida por una oleada de fondo, procedente de un grupo de hombres desconocidos, perdido en cualquier lugar aislado" (p. 99).

Ninguna fundación se originó en un escritorio. Todos los creadores de nuevas Familias religiosas estuvieron muy cerca del dolor e indigencia humanos. También la renovación tiene que hacerse partiendo de una experiencia de amor al hombre en su sufrimiento y degradación. ¿Podrá hacerse esto sin un abajarse, encarnarse, compartir?

O SANTIDAD TOTAL O FRACASO

En toda reforma que adquiere amplitud hay un retorno a las fuentes —que es lo más opuesto a la reverencia servil al momento fundacional— que va a la par o se encarna también en novedades revolucionarias. Para ello, de una parte las fuentes tienen que ser flexibles y amplias de espíritu (y en general no lo son las de la última mitad del siglo XIX y primera del XX); de otra esas novedades únicamente serán aceptadas o ratificadas por el testimonio de renovación espiritual que da el grupo motor del cambio. La vida tiene que ser de tal calidad que vaya acallando las prevenciones, hostilidades... de las personas de buena voluntad (¡y entendimiento!). Las reformas que son respuesta al Espíritu proceden de los santos, de los "radicales de Jesucristo", se hacen en caridad, nunca en agresividad maniquea, y se abren camino a través de las contradicciones, incomprendiones, crisis profundas... O santidad, o caricatura y fracaso: que no es lo mismo que conservadores o progresistas.

LA HISTORIA NOS ENSEÑA... ¿APRENDEREMOS?

Hostie hace un juicio severo de la vida religiosa en los siglos XIX y XX. En la segunda parte del siglo XVIII y primera del XIX la vida religiosa sufrió un colapso: los 300.000 religiosos varones que poblaban los monasterios y conventos hacia 1775 quedan reducidos a unos 83.000 en 1.850. Intervienen sí, y mucho, los poderes civiles, pero también es verdad que la vida religiosa —sin creatividad, sin renovaciones de envigadura, anquilosada, con enormes riquezas acumuladas, con muchas vocaciones inauténticas, hipotecada a los poderosos— se había deteriorado hasta el punto de ser intolerable. Esta limpieza a fondo es muy saludable. La segunda mitad del siglo XIX y primera del XX asisten al nacimiento de unas 130 Familias de religiosos (el 73% de todas las fundaciones masculinas) y a la reestructuración de las antiguas que no fueron arrasadas por la tormenta.

Esta restauración está animada por un retorno a las fuentes. Lo malo es que se hace una selección de esas fuentes según la mentalidad del mundo eclesial de esos tiempos. Quizá como reacción a los atropellos de la Revolución, la Jerarquía eclesiástica desconfía de todo movimiento que no sostenga incondicionalmente el orden establecido. Hay una canonización extralimitada de la mediación preternatural de la autoridad. Todo lo que vaya por la línea del paternalismo, autoritarismo, centralismo, será acogido favorablemente: es católico, bendecido por Dios. Todo lo que favorezca o apoye el cambio queda excomulgado como diabólico, impío, ateo. No hay lugar para la crítica, opinión pública dentro de la Iglesia.

Las nuevas Fundaciones que pululan en este tiempo, en general, no tienen la creatividad inventora de fórmulas nuevas: caen en el sincretismo (eligen todo lo que creen de valor en el pasado, aunque sean valores incompatibles entre sí en la realidad de la vida; transferencias, por ejemplo, de lo que es específicamente monástico a la generalidad de la vida religiosa) o en el

El abrir nuevos caminos en el Espíritu supone dosis enormes de incomodidad, de capacidad de trabajo, de aguante, de riesgo... y de ilusión auténtica por la vida religiosa.

eclecticismo. Los fundadores de este tiempo, voluntaristas e intelectualistas, no se dejan modelar por los acontecimientos y situaciones. Juan Bosco será una de las pocas excepciones, pero le obligan a verter su experiencia en moldes "razonables".

Durante los primeros 65 años del siglo XX, la vida religiosa mantiene sin debilitarse:

—un crecimiento numérico constante,

—una estabilidad de estructuras a toda prueba, reforzada por codificaciones excesivas erigidas en normas de vida sobrenaturales, sacrales,

—un inmóvilismo en sus aspiraciones.

La originalidad se pone en distintos marginales, en devociones particulares, no en actitudes y respuestas vitales.

En general todos los Institutos religiosos se dedican a las mismas tareas.

En todas partes la vida se desarrolla conforme a un orden establecido, fraccionado, igual para todos.

En todos se da el clericalismo, el dogmatismo.

Tan grande como es la dependencia de la jerarquía propia (aunque esté instalada allende los mares) es el aislamiento de los colegas pertenecientes a otros Institutos, pero que trabajan en la misma región.

El espíritu de familia se confunde con el espíritu pueblerino y este es triunfalista.

BUSCANDO LA DIAFANIDAD DEL SIGNO.

La vida religiosa está empeñada hoy en un cambio. En medio de la crisis (ya en

1972 la disminución numérica anual era de 4,6%, y ha ido aumentando), quiere recobrar su diafanidad de signo de la salvación en Cristo para el hombre común de este mundo secularizado.

Pero cuando el cambio se retrasa demasiado hay peligro de querer recuperar el tiempo demasiado de prisa. Hay peligro sí de desvirtuar la presencia, el signo y la llamada de la salvación en Dios que debe ser la vida religiosa. Pero con demasiada frecuencia también no se da espacio al diálogo, ni posibilidades para que todo el cuerpo actúe en comunión.

Un retorno a las fuentes, cuando estas son de la segunda mitad del siglo XIX o primera del XX, puede caer en una seguridad incotrovertible y transformarse en ocasiones en una intransigencia implacable: se hipoteca el futuro prolongando la agonía en el aislamiento.

El conformismo engendra siempre insatisfacción y está el conflicto. La función de los conflictos se orienta siempre a mantener y fomentar la evolución de las instituciones. Siempre la instalación es más cómoda y más segura, de momento. El abrir nuevos caminos en el Espíritu supone dosis enormes de incomodidad, de capacidad de trabajo, de aguante, de riesgo... y de ilusión auténtica por la vida religiosa.

Nadie exige de nosotros que vivamos sin conflictos. Pero nuestra fe y caridad deben buscar y hacernos andar el camino para superar nuestros conflictos y volvernos a encontrar unidos en nuestra respuesta común al llamamiento de Cristo.

Los conflictos son factores indispensables del cambio. Deben ser signos de esperanza y de vida.

(1) No se trata aquí del acceso de las mujeres al sacerdocio (problema al que hay que dar no sólo una respuesta disciplinar sino también eclesiológica, que haga más inteligible hoy la práctica de la Iglesia); ni siquiera de sus responsabilidades efectivas y reconocidas en la obra de la evangelización y en los organismos eclesiales que la regulan. Es algo más simple: ¿por qué no se han de poder gobernar ellas por sí mismas como los religiosos? (y para ello no hay por qué meterse en el problema de la participación de los bautizados no-ordenados en la jurisdicción dentro de la Iglesia).

"Cuando las mujeres ejercen cargos públicos en el orden civil y económico, y nadie duda ya de su capacidad y de su eficiencia, ¿hay alguna razón para que se pongan excesivas limitaciones a la actuación eclesial de las mujeres en todas aquellas actividades y hasta ministerios que no exijan la ordenación?" (Cardenal Tarancón, 2-11-74)

Por desgracia sólo como anécdota: en todo el mundo hay ya, por lo menos, una gran arquidiócesis en que la Vicaría de Religiosas está regentada por una religiosa y no por un varón (Mons. Arrieta: Sínodo de Obispos: 9-10-74)

(2) HOSTIE Raymond; VIDA Y MUERTE DE LAS ORDENES RELIGIOSAS, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1973

(3) "Conspectus Generalis Vitae Ecclesiae inde ab ultima Synodo celebrata seu Panorama", presentado en la 1a. Congregación Plenaria de la Asamblea Sinodal, 27-9-74

Se puede ver también la "Synthesis relationum et interventionum Patrum", Pars Prior, del mismo Sínodo; y el punto de vista, por ejemplo, de los Obispos de la Conferencia Episcopal del Alto-Volta y de Nigeria presentado también en el Sínodo.

En otros contextos, no tan ortodoxos, se llega a hablar si no se adaptaría mejor al África una vida religiosa (?) que sustituyera los tradicionales votos por las promesas de verdad, lealtad y perdón: "S'engager a la vérité, la loyauté et le pardon".

(4) Nadie en la Iglesia puede monopolizar al Espíritu, ni reducirlo al silencio. Franciscanos y Dominicos aparecen precisamente después que el más insigne Concilio medieval, el Lateranense IV había prohibido en 1215 la creación de nuevas Ordenes.